

## *La mesa del domingo*

*www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XV N° 12*

*Domingo XXIV Ordinario. Ciclo -C- 11 de septiembre de 2016*

### *La misericordia espera la conversión*

*Este domingo ordinario, la Liturgia de la Palabra nos lleva al capítulo 15 de San Lucas, el conocido como capítulo de la misericordia. Antes, la lectura del Éxodo nos lleva al peor de los pecados, el de la idolatría y el diálogo que Dios entabla con Moisés al respecto.*

*El capítulo quince de Lucas recoge tres ejemplos, tres parábolas en las que se ha perdido algo que más tarde resulta recuperado y enfatiza la alegría que supone el reencuentro. En realidad, en los tres casos se trata de hacer entender la alegría de Dios por encontrar lo que se le había perdido: la oveja, la moneda y el hijo. El discurso de enmarca en la murmuración de los fariseos y letrados hacia Jesús porque se relaciona con pecadores y publicanos. Es este uno de los aspectos más característicos del tercer evangelio: Jesús, en su viaje a Jerusalén, en su camino hacia la Pascua, va recobrando pecadores para el Padre. Realmente, es esta la misión de Jesús, que los pecadores rectifiquen y que Dios pueda recuperarlos como hijos. Es lo que expresa el término "conversión".*

*De las tres parábolas que nos propone el evangelio de hoy, es la tercera la más expresiva. Es la recuperación del hijo que había perdido. En las otras son objetos (moneda) o animales (oveja) lo que se recupera, pero en la tercera es nada menos que un hijo, el hijo menor. Este ha abandonado la casa paterna, la familia, el trabajo... buscándose la vida por libre. Se ha comportado con gran desamor hacia su familia haciéndoles ver que han muerto para él. Cuando, después de malgastar todo lo que se llevó, decide volver, tampoco lo hace por amor hacia los suyos sino solo por su propia conveniencia, por su propia necesidad. Es una decisión egoísta la que motiva su regreso. Sin embargo, no encuentra reproches, broncas, gritos ni ansia alguna de revancha o de dar lecciones moralizantes, sino solo el amor de un padre paciente, de un padre ansioso por volver a abrazar y besar a su hijo. La alegría paterna se desborda porque ha recuperado -sin mirar siquiera los porqués- al hijo que había perdido. Pero en este relato hay un elemento discordante, alguien que no se ha alegrado por el regreso del hijo; es el hermano mayor, el contrapunto del personaje del padre. La intención de Lucas, que se ve en el contexto que se expresa al principio, es personalizar en la narración a los fariseos y letrados en ese hijo mayor que acaba por alejarse de su padre y dar la oportunidad de que regresen a la casa que abandonaron a los pecadores. La alegría del padre cuando recupera a un solo pecador (la oveja, la moneda, el hijo) es incomparable a ninguna otra alegría de los hombres; ese día hay una gran fiesta en el cielo.*

*El enlace entre el pecador y la casa abandonada del Padre es Jesús. Él es la puerta por la que los pecadores pueden volver a la casa paterna, la puerta que da directamente a la casa de un Padre que solo desea recobrarlos y recuperarlos. Los letrados y los fariseos no están entendiendo la misión de Jesús y por eso lo critican. Ellos no piensan en la alegría del Padre cuando recupera a un pecador; no hacen nada por la vuelta de los pecadores a casa pero tampoco se alegran de que Jesús los recupere. De hecho, critican a Jesús porque se acerca a los pecadores; no los ven como hijos de Dios sino como una especie de gente intocable a la que no se pueden acercar para no contaminarse de ellos.*

*Esa actitud del padre de la parábola saliendo a los caminos, esperando un día tras otro el regreso de su hijo, es la de un padre que no ha renunciado a su hijo; el hijo había renunciado al padre y a toda su familia, pero el padre nunca renunció a su hijo. Ese padre es Dios. Nosotros, muchas veces, nos hemos buscado la vida por libre y hemos renunciado a él, pero Dios nunca ha renunciado de nosotros; ni de nosotros ni de ningún otro pecador que quiera volver a su casa. Como el padre de la parábola, Dios siempre nos espera, siempre nos aguarda, siempre sale a nuestro encuentro; siempre quiere recuperarnos y nunca le parece tarde para ello. No nos espera para darnos sermones ni reproches, lo hace porque nos ama; y porque nos ama, nos trata con gran misericordia. La espera de Dios hacia el pecador, su misericordia para con él es porque le da la oportunidad de la conversión. La conversión es el acto por el cual el pecador abandona su conducta y vuelve a la casa paterna. Jesús y su Evangelio nos recuperan para Dios.*

*No es por casualidad que la primera lectura de hoy verse sobre el pecado mayor, el que Dios más detesta: la idolatría. Todo abandono de Dios y de la casa paterna es una suerte de idolatría. En el texto del Éxodo, Dios decide un castigo ejemplar, pero la intercesión de Moisés consigue echarlo atrás. Dios retrocede de su postura inicial esperando la rectificación de su pueblo; la misericordia divina espera, también aquí, la conversión de los que han pecado.*

*P. Juan Segura.*